

CARLO MAGNO.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

He sido designada para hacer esta disertación, dándoseme como tema para ella el período de la Historia de Francia, que abraza el reinado de Carlo Magno; y aunque este deber me obliga á dirigiros la palabra por muy poco tiempo, desearía que mi estudio tuviera algo, si no de nuevo y útil, sí por lo menos de agradable, para llenar mi cometido sin fatigar vuestra atención, que espero alcanzar, más que por mi humilde trabajo, por la largueza de vuestras bondades.

No me sería dable, por mi pobre inteligencia que está aún en embrión, conocer ni profundizar las leyes históricas que prepararon aquel período de la Historia de Francia que llenó de acontecimientos trascendentales la segunda mitad del siglo VIII y los primeros años del IX; pero bastará para mi objeto echar una ojeada sobre el estado de la monarquía Carolingia al ascender al trono el hijo de Pepino el Breve y nieto de Carlos Martel, para dar una idea del medio en que había de ejercer su soberanía y los obstáculos que le era necesario allanar para establecerla y afirmarla.

Siguiendo un método sencillo y natural dividiré mi estudio en tres partes, y me atreveré á juzgar de aquella época desde los puntos de vista de la política, la legislación y la guerra.

La política tradicional, desde los antepasados de Clodoveo

hasta Pepino el Breve, puede condensarse en dos puntos culminantes: en hacer desaparecer las distintas agrupaciones que bajo los nombres de Galos, Francos, Germanos, Neustrios, Austrasianos, Aquitanos, etc., poblaban la antigua Galia, y ligar sus intereses y formar un solo pueblo bajo los mismos gobierno, religión é idioma.

El segundo era tan importante como el primero: extender y vigorizar los límites de la patria común, más allá del Rhin y más allá de los Pirineos, para contener por un lado las incursiones de los bárbaros, y por el otro, la invasión de los Sarracenos, triunfantes en la península Ibérica, y que se desbordaba sobre Francia por la Septimania y la Aquitania.

Sin apartarse de esta línea de conducta, Carlo Magno prosiguió esa tarea con la tenacidad propia de su gran carácter; borró del mapa de la monarquía la Neustria, la Austrasia, la Armórica, la Septimania y la Aquitania, fundiendo en una sola estas agrupaciones aisladas, que desde entonces quedaron constituidas en el principal núcleo y apoyo del Imperio Galo-franco-germano; y ya por la persuasión, ya por la incontrastable fuerza de sus armas, logró aquel hombre extraordinario hacer preponderar la supremacía de los Francos desde las orillas del Elba hasta las del Ebro en España, y desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo.

Una de las consecuencias de esta política fué la propagación del cristianismo entre los pueblos paganos del otro lado del Rhin; y con la palabra de los misioneros, con la tea del incendio y el derramamiento de sangre humana, logró echar por tierra el ídolo de Hirminsul, genio de toda la nación germánica, elevando sobre sus ruinas humeantes él símbolo civilizador de la cruz.

Los pueblos Sajones, Frisones, Bávaros, etc., abrazaron de grado ó por fuerza la nueva religión, sometiéndose á la preponderancia desplegada por Carlo Magno.

Para alcanzar este altísimo objeto, mucho le valió la alianza incondicional del papado bajo los pontificados de Adriano I y Esteban II. El primero lo declaró su protector predilec-

to, recibéndole en Roma con los honores del triunfo y cantando el pueblo: ¡Hosanna, Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Más tarde el segundo de estos papas le recibió sobre las gradas del solio en la Basílica de San Pedro; colocó en sus sienes la corona de los Reyes Lombardos y con ella la del Imperio Romano destruído por los bárbaros y reconstituído por Carlo Magno. El papa le ungió y le adoró como á monarca de la tierra, y los reyes y príncipes del Oriente le tributaron el homenaje de su respeto y admiración.

Tales fueron los resultados de la constancia, la habilidad y la firmeza que este célebre conquistador desplegó en la formación y consolidación de su vasto Imperio y los rasgos salientes de su labor política.

Voy á ocuparme de su labor guerrera ligada íntimamente con la anterior, y comenzaré por trazar un cuadro de las guerras de Carlo Magno, de sus numerosas y diversas expediciones á la Germania, Italia y España, y á todas las comarcas que formaron su Imperio. Desde el año 769 al 813, aquel monarca sostuvo treinta y una campañas en Sajonia y en la Europa Septentrional y Occidental, contra los Sajones, Frisones, Bávaros, Avaros, Eslavos y Daneses; cinco en Italia contra los Lombardos; doce contra los Arabes en España, Córcega y Cerdeña; dos contra los Griegos; tres en la misma Galia contra los Aquitanos y Bretones; en suma, cincuenta y tres expediciones, entre las cuales las que emprendió contra los Sajones, Lombardos y Arabes, fueron largas y peligrosas guerras.

La Historia nos le presenta siempre activo, vigilante y batallador, cubierto de hierro de la cabeza á los pies, sobre un caballo de color de hierro, con el rostro fiero y altivo, con el cuerpo hercúleo y arrogante, que tan imponente le hacía aparecer á los demás hombres y le servía para resistir los rigores de la naturaleza; blandiendo en la siniestra mano su lanza aguda y formidable, y descansando la diestra sobre su invencible espada.

En apoyo de las ideas políticas que antes expuse, Carlo Magno emprendió la campaña de Sajonia, después de haber extinguido la rebelión de Aquitania, encabezada por el anciano duque Hunaldo, y la llevó al centro mismo de aquellos pueblos bárbaros, altivos y valientes. Esta campaña, que duró algunos años, atestigua la previsión de aquel Gran Capitán, su perseverancia y su serenidad en los reveses, así como su poca generosidad para con los vencidos.

Cada puesto conquistado en virtud de su estrategia y del empuje irresistible de sus ejércitos era convenientemente fortificado y guarnecido para ligarlo con la base de sus operaciones á las orillas del Rhin; hacía levantar templos, abadías, monasterios y escuelas sobre las ruinas de aquellos lugares, y con munificencia los dotaba de recursos y medios de defensa, de obispos y misioneros virtuosos, para propagar el cristianismo y establecer con él su sistema de gobierno. De este modo logró someter á los bárbaros Sajones, Alemanes, Frisones, etc., imponiéndoles la civilización superior de los Francos y la nueva religión, así como el deber de constituirse en el valladar inexpugnable de las fronteras del Imperio.

La campaña que emprendió contra Desiderio, rey de los Lombardos, para proteger al papa Adriano I y restituirle los Estados que Pepino el Breve le había cedido, tuvo también un resultado feliz, desde el punto de vista militar. Organizó dos ejércitos, y tomando la dirección personal de uno de ellos, ascendió por el Mont-Cenis, mientras el otro atravesaba el Valais, descendiendo á la Lombardía por el Monte de San Bernardo, para caer por el frente y la espalda de su formidable adversario; opusieronle los Lombardos, á la salida de los Alpes, una vigorosa resistencia, que costó á los Francos pérdidas considerables; pero cuando el segundo ejército penetró á Italia por el San Bernardo, Desiderio, á pesar de su valor y pericia, fué derrotado varias veces y obligado á encerrarse con el resto de su ejército en Pavía, donde después de una larga y heroica resistencia, cayó al fin en poder de Carlo Magno, el cual puso bajo el dominio de la Santa Sede parte

de esos Estados, que con poca diferencia vinieron á formar el núcleo del poder territorial y temporal de la Iglesia.

Ibn-al-Arabí era gobernador de Zaragoza y uno de los caudillos árabes españoles que conspiraron contra Abderrahman, último vástago de los califas omniadas, que con el apoyo de los bereberes se había apoderado del gobierno de España; Al-Arabí, confederado con otros dos jefes musulmanes, resolvieron implorar el auxilio de Carlo Magno, pues que éste ya llenaba al mundo con la fama de sus hazañas y era el más encarnizado enemigo del Islamismo. Fueron por consiguiente en el año 777 á Paderborn, y se convino en que Carlo Magno franquearía el Pirineo con numerosas tropas, que Al-Arabí y sus aliados del Norte del Ebro le reconocerían por soberano, y que uno de los confederados llamado el Eslavo secundaría el movimiento del Norte en la provincia Todmir (Murcia), enarbolando el estandarte del califa abasida, aliado de Carlo Magno. Este respondió al llamamiento, y en la primavera del año siguiente 778, se puso en movimiento con el concurso de sus principales guerreros; pasó el Loire y se detuvo en Casseuil, en la confluencia del Dropt y del Garona, para celebrar las fiestas de Pascua y organizar desde allí su expedición.

Como había hecho poco antes en su campaña de Italia contra los Lombardos, dividió sus fuerzas en dos ejércitos, formando el uno de Austrasianos, Neustrios y Borgoñones, así como de varios contingentes germanos, mandado por Carlo Magno en persona, quien debía entrar en España por el paso de Roncesvalles, en los Pirineos Occidentales, y dirigirse sobre Pamplona; el otro ejército, compuesto de Provenzales, Septimanios, Lombardos y otros pueblos del Mediodía, al mando del duque Bernardo que se había distinguido ya en Italia, tenía orden de penetrar en España por los Pirineos Orientales, recibir en su camino la sumisión de Gerona y Barcelona y no detenerse hasta Zaragoza, en donde debían reunirse ambos ejércitos, pues Al-Arabí había prometido entregar la ciudad al Rey de los Francos. En virtud de este plan,

debía Carlo Magno atravesar los territorios de Aquitania y de Vasconia, los dominios del duque Lupo II, hijo de Waifre, el antiguo enemigo de Pepino el Breve, y por lo tanto poco favorable á Carlo Magno.

La campaña fué fácil y brillante: Carlo Magno entró con los suyos en España por el Paso de Roncesvalles, sin encontrar obstáculos de consideración; al llegar á Pamplona, el gobernador árabe le entregó la plaza, y Carlo Magno se encaminó rápidamente á Zaragoza; pero allí cambió la suerte.

La presencia de los extranjeros y cristianos en el territorio español, suspendió las discordias intestinas de los árabes y acudieron en masa de todas partes al socorro de Zaragoza; defendiéronse los sitiados obstinadamente; faltaban los víveres á los sitiadores más que á los mismos sitiados, las enfermedades hacían presa de ellos y la desmoralización cundía entre todos; en estos momentos llegó á Carlo Magno el rumor de una nueva revuelta de los Sajones; los árabes pidieron entrar en negociaciones para determinar al Rey de los Francos á levantar el sitio, ofreciéndole una cantidad de oro, rehenes y promesas de homenaje y fidelidad. Así pues, Carlo Magno se vió obligado á detener su marcha triunfal, y después de celebrar este tratado, que salvaba las apariencias, determinó la retirada de sus ejércitos, dando por terminado su intento de arrojar á los Arabes de España y agregar á su vasto Imperio esta parte de Europa.

Aprovechando este fracaso, los vascos se prepararon para hostilizar á los invasores en el paso de Roncesvalles, y cayendo sobre la retaguardia de los Francos, que era el cuerpo mejor organizado y armado, los arrojaron á un profundo valle, en donde después de un épico combate, cuya resonancia nos han transmitido los romanceros á través de los siglos, succumbieron entre los más bravos de aquellos guerreros, los esforzados paladines que llevaban el nombre de invencibles Pares de la Francia.

Juzgado con el gran criterio de la Historia el hábil y profundo político y el denodado guerrero, réstame sólo conside-

rarle como legislador, y bastará para mi objeto traer á vuestra memoria las célebres «Capitulares» de aquel monarca, en que condensó con paternal interés los preceptos políticos, morales y religiosos que le sirvieron y servirían á sus sucesores en el trono para gobernar y consolidar la obra que le tocó en suerte llevar á cabo como agente de la civilización y del progreso.

Esas Capitulares revelan aun á las inteligencias pobres como la mía, que aquel soberano, abrumado bajo el peso de un colosal Imperio, integrado por agrupaciones de diferentes razas, idioma é intereses, dedicaba las horas que sus arduas tareas le dejaban en la paz como en la guerra, á aprender idiomas, á ilustrar su espíritu con los conocimientos más avanzados de las ciencias y el trato de los hombres más ilustrados de su tiempo; á redactar las leyes y á preparar las cuestiones que debían someterse á las asambleas del Imperio, las cuales, reunidas periódicamente y en diferentes ciudades, le servían para hacerle conocer la opinión y las necesidades de los pueblos.

Carlo Magno no tuvo ninguna residencia fija, aunque solía detenerse con frecuencia en Aquisgrán (Aix-la-Chapelle), porque se encontraba allí más cerca de los Sajones, y así podía estar siempre apercebido y listo para refrenar cualquiera tentativa de rebelión.

La vasta extensión de su Imperio le obligó á enviar delegados á las provincias, los que, conforme á sus instrucciones, cuidaban de que los débiles no fueran oprimidos ni vejados impunemente por los poderosos.

Fué el grande emperador de los Francos—según su contemporáneo y biógrafo Eginardo—de complexión robusta é imponente; su estatura era siete veces la medida de su pié; su cabeza era redonda y su mirar vivo y ardiente; su cuello era corto y su vientre prominente; pero estos últimos defectos desaparecían ante las buenas proporciones de su estatura y el garbo de su presencia varonil. Sobrio en el comer y beber, era gran madrugador; prefería rodearse de personas ilustra-

das y consagradas á hacer el bien, y no de abyectos y lisonjeros aduladores para con el príncipe y arrogantes respecto de los súbditos.

Y aquel fundador de un vasto Imperio, y el soberano de tantos pueblos que su espada y su genio pudieron unir en un solo y poderoso organismo, murió con el presentimiento de que su extensa monarquía, gobernada por su débil hijo y sucesor, se derrumbaría cuando esa espada y ese genio no pudieran ampararla y dirigirla.

La tarea que he emprendido toca á su término; y debo manifestar que para llenarla no he encontrado serias dificultades, porque la historia me ha suministrado en sus páginas los datos que he consignado con más ó menos acierto; lo único que ha preocupado mi imaginación sobremanera es deducir las consecuencias que en este período de la Historia de Francia se desprenden; y confiando en que mi observación personal no traspasará los límites señalados á mi estudio, me atreveré á manifestar que las consecuencias y enseñanzas que se deducen de la formación y desintegración de esos grandes Imperios, creados por la iniciativa, el carácter y el genio de algunos hombres superiores, están al alcance de nuestro juicio, si tenemos presentes los resultados obtenidos por todos los conquistadores, que con más ó menos brillo han consignado sus nombres en las páginas de la Historia. Alejandro Magno, Ciro, Tamerlán, Carlo Magno, Napoleón, formaron Estados vastos y poderosos que no pudieron sobrevivir cuando les faltó el aliento, la acción eficaz y personal de sus creadores.

A la muerte de estos seres dotados de energías y aptitudes no comunes, su obra ha llegado á la decadencia y sus Imperios divididos y subdivididos por la negligencia é incapacidad de sus sucesores, han desaparecido como desaparece todo lo que es material y vano.

Todo lo que se funda solamente por la fuerza exterminadora de la espada, se desvanece por la fuerza incontrastable de la idea.

Las instituciones fundadas en la verdad y en la justicia, sobreviven á los imperios formados por la violencia y por la fuerza; la obra maestra de organización y administración de las Iglesias de toda la tierra, las Constituciones políticas de la Monarquía Inglesa y de todas las Repúblicas actuales del Viejo y del Nuevo Mundo, prevalecen á pesar de los rudos embates de que son objeto y de la desaparición de los hombres que por una labor paciente y continuada, las han formado, modificado ó perfeccionado. Estas obras son perdurables porque sus basas arrancan de ideas divinas y eternas, y sólo la verdad, la justicia y la libertad son fecundas.

Terminaré mi humilde trabajo citando las palabras que Napoleón el Grande dirigió en uno de sus discursos al Senado francés: «Los hombres no pueden asegurar el porvenir; sólo las instituciones fijan el destino de las naciones.»

México, 27 de Julio de 1901.

IGNACIA MALANCHE.

ÍNDICE.

	Páginas
Prólogo.....	3
Los nuevos gases del aire.....	5
Ciencias, artes y letras durante la dominación española.....	13
Península de los Balkanes.....	27
Breve estudio sobre la neumonía.....	35
Reglas de higiene relativas á la tuberculosis.....	45
Instituciones políticas y sociales de Esparta.....	59
Faros.....	69
Los pequeños defectos y las grandes cualidades del niño.....	77
El desenvolvimiento de la tierra en sus diversas edades.....	85
Tifo.....	95
El edificio escolar.....	107
El espectroscopio y sus aplicaciones.....	119
La libre emisión del pensamiento.....	131
Comparación sobre la Historia y la novela.....	139
El sentimiento estético.....	153
Las corrientes de inducción.....	163
La ley de causalidad.....	177
La México antigua comparada con la México moderna.....	185
Condiciones indispensables en los escritores.....	195
Carlo Magno.....	207